



CAPITULO VI.

Fr. Everardo de Barres, tercer Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre.—Luis VII rey de Francia y Conrado emperador de Alemania con dos ejércitos marchan á Palestina.—Reveses y descalabros.—Generosidad de la Orden.—Llegada de los dos soberanos á Jerusalem.—Sitio de Damasco; traicion y levantamiento del sitio.—Regreso á Europa.—El Gran Maestre acompaña al rey de Francia á París.—Suceso ruidoso acerca de Humberto de Beaujeu.—Carta de Pedro el Venerable.—El Papa resuelve el conflicto.—El Gran Maestre abdica el maestrazgo y entra en la orden de Claraval.—Recriminaciones é insultos contra san Bernardo por los desastres de la cruzada.

FRAY Everardo de Barres habia sido preceptor de Francia algunos años antes, y como á tal, fué delegado por Fr. Roberto de Craon para trasladarse á Navarra y Aragon en virtud de la herencia que de dichos reinos habia dejado por testamento á las órdenes del Temple, Hospital y Santo Sepulcro de Jerusalem, el rey D. Alonso el Batallador.

No es posible averiguar si fué elegido presente ó ausente; lo único que se sabe con certeza es, que el abad Odon de Dueil considera á dicho Gran Maestre como un caballero recomendable por su religiosidad, digno de servir por modelo de probidad á todos los militares, y que se halló con gran parte de los Templarios reunido con los francos delante de la ciudad de los Profetas, antes de San Dionisio en 1147, lo cual estos celebraron con los griegos (1).

(1) Odo de Diogilio: de Ludov. VII profectioe in Orientem, pág. 33, 39 y 67.

El emperador Conrado de Alemania y Luis rey de Francia, á consecuencia de la predicacion de la cruzada, formaron cada cual su ejército. Todo el mundo se armaba cruzado; y hasta Eleonor reina de Francia, como en otro tiempo las amazonas, á la cabeza de muchas damas, apareció á caballo en una revista antes de partir para Palestina. Fué tan numeroso el armamento, que parecia debia subyugar toda el Asia, mayormente teniendo á su cabeza á dos soberanos tan ilustres, así como oficiales tan inteligentes y aguerridos.

Conrado de Alemania se puso en marcha y salió de Nuremberg el 29 de mayo de 1147 á la cabeza de 70,000 caballeros y gran número de infantes, y acompañado de varios obispos y príncipes atravesó la Hungría y llegó á Constantinopla; desde esta ciudad se dirigió al Asia menor, en donde por la perfidia de los griegos y la traicion de los guías, se extravió aquel ejército en los desfiladeros del Tauro, y sus tropas fueron derrotadas por los turcos.

Esta maldad se debió á Manuel Comneno, que, á pesar de ser cuñado de Conrado, con la más cínica hipocresía le recibió con grandes demostraciones, pero en su interior juró perder todo aquel ejército, y para lograrlo mandó emponzoñar las fuentes y los pozos, mezclar en las harinas cal y yeso, y por fin dió guías que, extraviando en rodeos y desfiladeros de la Capadocia al ejército aleman, se aniquilase, ya por los ataques de los turcos, ya por el hambre y la fatiga.

El rey de Francia emprendió la marcha el 14 de julio del mismo año, al frente de 80,000 hombres; atravesó la Alemania y la Hungría, llegando á Constantinopla, sufriendo poco más ó menos la misma suerte que el aleman. El emperador griego, queriendo alejar de su capital al ejército francés, ponderó á Luis VII que Conrado habia entrado en Palestina seguido de brillantes victorias, lo que estimuló al rey de Francia para ponerse inmediatamente en marcha, como lo efectuó, señalando su campaña con la victoria que alcanzó sobre los turcos en las riberas del Menandro en 1148; pero en Frigia tuvo un descalabro y un verdadero desastre, ocasionado por la imprudencia de un jefe del ejército.

El rey, queriendo á todo trance cumplir su voto de peregrinacion á Jerusalem, tomando á su esposa y distinguidos caballeros de la corte, se embarcó por mar para ir á Antioquía, abandonando á los cruzados de *baja condicion* que los turcos exterminaron, á excepcion de 3,000 que abrazaron el islamismo para salvar su vida.

Al llegar Luis VII y Eleonor á Antioquía, en donde gobernaba Raimundo de Poitiers, fueron recibidos y obsequiados espléndidamente, y como por desgracia Eleonor se enamorase de un jóven turco recién bautizado, ella queria permanecer en dicha ciudad á pesar del rey, el cual se vió obligado á arrebatlarla de noche y conducirla á Jerusalem.

Durante el año 1148 fueron continuos los reveses que experimentaron los cruzados. Todos saben el lance peligroso en que se halló el rey de Francia Luis VII en las montañas de Laodicea, obligado á huir durante la noche por escabrosidades y senderos desconocidos, á fin de evitar las emboscadas de los musulmanes y no caer en sus manos, pues le tenian rodeado por todas partes; mas no sucedió lo que éstos esperaban, merced á la confianza y seguridad que depositó el rey en el Gran Maestre del Temple Fr. Everardo de Barres, el cual con los Templarios habia acudido para salvar al ejército cruzado francés, servirle de guia y defenderlo del peligro. El rey, considerando que no habia un capitán tan experimentado que pudiera salvarle del atolladero en que estaba metido por la torpeza de los jefes de su ejército, confió al Gran Maestre toda la retaguardia que, por un pánico indescriptible, se hallaba en un verdadero desórden, y la vanguardia, á un jefe encanecido en la guerra, y al propio tiempo de un valor á toda prueba y de una serenidad imperturbable en los más críticos momentos, colocándose el rey entre estos dos cuerpos; con semejante disposicion, se emprendió la marcha hácia Pamfilia en buen órden y bien compactas las fuerzas; y aunque el enemigo seguia flanqueando á los cruzados, aprovechando los parajes á propósito para atacarlos, lo cual verificó hasta cuatro veces, sin embargo fué rechazado siempre con valentia y con pérdidas de tal naturaleza, que dejó despues seguir tranquilamente la marcha al ejército cruzado.

En otra ocasion el ejército se hallaba enclavado entre dos rios; el musulman creyó aplastarle de firme, y así lo hizo, pero fué vigoramente rechazado con tan enormes pérdidas, que no se atrevió á molestarle de nuevo, y fué siguiendo la marcha con desembarazo. Los Templarios á la vista de su Gran Maestre hicieron en esta ocasion prodigios de valor, multiplicándose en todas partes y no cesando de hacer frente á los infieles.

El abad Dueil dice: «El rey amaba ver la frugalidad de los Templarios, deseando proponerla á los soldados, para que la imitasen, sirviéndoles de modelo, así como su union y desinterés; admiraba tambien la atencion y cuidado especial que tenian de las armas de sus soldados como de las suyas propias; y en un consejo de guerra que se tuvo, se mandó que tanto los oficiales como los soldados tuvieran cordial confraternidad con los Templarios, y que se obedeciese á sus comandantes, bajo cuyas órdenes se marcharia (1).

Llegado el ejército á las costas de Pamfilia, el rey se dispuso á tomar el camino de Antioquía, á donde llegó el 19 marzo 1148. Despues de haber experimentado un hambre espantosa, el ejército estuvo algun tiempo

(1) Odo di Diogillio: de Lud. VII profectone in Orient., ibi, Testis oculatus.

ocupado bajo los muros de dicha ciudad para descansar y tomar provisiones. Durante la estancia del rey en Antioquía, el Gran Maestre, informado de la escasez de dinero, ofreció al rey los tesoros de la Orden, partiendo inmediatamente por ellos, que estaban en Acre ó Tolemaida.

El rey de Francia penetrado de reconocimiento, escribió á los regentes de su reino la carta siguiente: «Luis por la gracia de Dios Rey de Francia y de Aquitania, al Arzobispo de Reims, Samson, al muy célebre Suger abad de San Dionisio, y al conde de Perronne, nuestro querido primo y amigo, salud: Nos os encargamos de dar fe á todo lo que el Maestre Everardo os escribirá de nuestra parte. Nos le hemos efectivamente enviado de Antioquía á San Juan de Acre el 6 de los idus de mayo para que nos trajera el dinero que necesitábamos, por cuya razon os mandamos de parte de Dios y nuestra que le remitais sin demora la suma que nos ha prestado, tan luego como hayais recibido las presentes.»

Suger contestó al Rey, declarándole haber mandado la suma que se le habia pedido (1).

Algun tiempo despues, el rey volvió á escribir á su ministro, para manifestarle cuánto debia él y su ejército á los importantes servicios que habian recibido de los Templarios despues de su llegada á Oriente. «Yo no veo (dice el rey de Francia) cómo habríamos podido subsistir un momento dentro del país, sin el socorro que de continuo nos han dado hasta el presente los Templarios; por este motivo os ruego que les deis nuevos testimonios de reconocimiento, y hagais comprender cuánto yo les estoy obligado. He creido necesario advertiros que en este momento han hecho un empréstito en mi favor, de una suma muy considerable que conviene devolverla lo más pronto posible, para desempeñar mi palabra é impedir que sufran perjuicio. Por lo tanto tendréis cuidado de librar sin dilacion dos mil marcos de plata sobre la suma prestada, por cuanto es superior y monta á 30,000 sueldos moneda de Poitiers. Yo lo he encargado al conde Geofredo de Rancon, para que los remita inmediatamente, quien me lo ha prometido graciosamente; si él falta á la palabra, yo os ordeno de intimárselo de mi parte, y que se acuerde de las órdenes que tiene recibidas.»

De Antioquía pasó Luis á San Juan de Acre con los restos del ejército, y despues á Jerusalem, donde fué recibido con demostraciones de alegría. Conrado ya habia llegado un poco antes, el cual se hospedó con su séquito en la casa del Temple, preparada para recibir al jefe del imperio (2).

Despues de haber visitado los Santos Lugares y haber satisfecho su

(1) Hist. Frances., tom. 4, pág. 310.—Inter epist. Sugerii, ibid., p. 512.—Hist. de la Abadía de San Dionisio, pag. 108, pruebas.

(2) Hist. de Alemania por el P. Barre sobre el año 1118.

devocion, hubo una junta el 20 de mayo, compuesta de príncipes, prelados, y los dos Grandes Maestres, reuniéndose en ella lo más ilustre de la Iglesia y del Estado de Oriente y Occidente. Se trató de las operaciones más ventajosas para la cristiandad, resolviéndose el sitio de Damasco; y dada la órden de marcha, se dispuso que Balduino, rey de Jerusalem, seguido de los orientales, se pusiera á la vanguardia, los franceses con los Templarios formasen el cuerpo de batalla, y el emperador con los alemanes la retaguardia. Llegado el ejército delante de Damasco, la atacó por la parte de los jardines que la cubrian al occidente y septentrion, y la rendicion de la plaza era infalible, si no se hubiera atravesado de por medio la traicion. Los infieles persuadidos de que la ciudad seria tomada, si se continuaba el ataque por aquella parte, mandaron emisarios secretamente á algunos barones sirios, que militaban en el ejército sitiador, prometiéndoles grandes sumas de dinero, si lograban que se cambiase el ataque. No faltaron traidores ganados por el dinero (1). Los príncipes cayeron en el lazo, permitiendo cambiar el ataque, que entonces fué por la parte de oriente de la plaza, que estaba más fortificada, y en donde los víveres no podian llegar con tanta facilidad y con mucho peligro, de suerte que el hambre se hizo sentir inmediatamente. Advirtiéndole el engaño demasiado tarde, tuvieron que levantar el sitio, para no acabar con los pocos soldados que habian quedado á los príncipes cruzados.

No falta historiador que asegura que el fracaso de Damasco se debió á la envidia de algunos señores de Oriente, y dice que se habia prometido la soberanía de Damasco y su territorio al conde de Flandes; y que al saberlo los señores latinos hijos de los primeros cruzados que se habian establecido en Siria, celosos de que se prefiriera al de Flandes que le consideraban como advenedizo, concertáronse con los sitiados, y tuvo el resultado que hemos visto. De suerte que el emperador de Alemania y el rey de Francia, detestando tanta maldad y felonía, determinaron volverse á Europa con los desgraciados restos de tan numerosos ejércitos, uno y otro con más pesadumbre que gloria.

En tan malhadada expedicion, los historiadores dicen que perecieron más de 100,000 hombres; muchas casas de la primera nobleza de ambas naciones se extinguieron, dando lugar á recriminaciones injustas contra san Bernardo, al cual se atrevieron á acusar como autor de semejante desgracia, llamándole falso profeta, y á insultarle con dieterios repugnantes, de manera que se le disfamó tan públicamente, que llegando este clamoreo hasta su soledad, el santo se vió obligado para defenderse á dirigir un escrito al papa Eugenio III, en el que entre otras cosas le decia: «Se nos

(1) Guill. de Tiro y Rog. de Hoy., an. 1118.

acusa de haber hecho magníficas promesas sin haber tenido efecto, como si nos hubiéramos conducido en este asunto con temeridad. Nos no hemos hecho otra cosa que ejecutar vuestros mandatos, ó más bien los que Dios nos ordenaba por Vos;» extendiéndose el santo sobre Moisés conduciendo á los israelitas por el desierto, y haciendo ver que los vicios, la incredulidad y la rebeldía de los cruzados, habian excitado la ira del Señor, y que por esto y otras causas, consideraba que Dios les habia castigado tan severamente.

Sea lo que fuere tocante á las causas de esta desgraciada cruzada, lo cierto es que aquellos dos grandes ejércitos que se lisonjaban de tantas conquistas, no pudieron rendir una sola plaza fuerte de los infieles, y que los cristianos latinos de la Siria y Palestina fueron muy luego reducidos á un estado que parecia amenazarles con próxima y total ruina.

La Palestina por consiguiente en estos momentos se hallaba seriamente amenazada, no tan sólo por los egipcios, sino tambien por el Mediodía; por esto el rey de Jerusalem, para oponer una barrera á los bárbaros, mandó levantar las murallas de la antigua ciudad de Gaza, una de las cinco satrapías de los filisteos, situada á siete leguas de Ascalon, y confió su defensa á los Templarios (1), los cuales llenos de valor y bizarría la convirtieron en una formidable plaza de armas, reprimiendo las correrías de la guarnicion de Ascalon, y obligando á los sarracenos á encerrarse dentro de sus murallas.

Los Templarios orientales experimentaron tal vez más que todos el sentimiento de ver desvanecidas todas sus más bellas esperanzas, que les habia inspirado la llegada de los germanos y franceses, que, no habiéndose atrevido á sitiar Ascalon por el temor de perder las pocas tropas que les quedaban, se embarcaron otra vez para Europa.

Hemos observado ya cuánto debió agradecer el rey de Francia los servicios que le prestaron los Templarios durante su permanencia en Oriente, honrándole y procurando cuanto le podia ser útil; vamos á consignar otra prueba que el mismo rey da de su amor é interés á favor de la Orden, y es lo que escribió á su ministro Suger; más en su contexto se ve ya claro que en aquel tiempo empezaban á tener enemigos y perseguidores los caballeros Templarios. Dice así:

«No es posible expresar las demostraciones de fidelidad y adhesion que yo he recibido en todas las ocasiones de los Templarios orientales, como tampoco todas las injusticias que les hacen sufrir, las cuales tomo como hechas á mí mismo. Ellas me son demasiado sensibles, pero mucho

(1) Rob. du Monte ap. Chron. Sigeb., pag. 631.

más las que experimentan en mis estados, y las cuales por cierto no quedarán impunes. Por lo que os recomiendo y conjuro de que useis de rigor y castigueis de una manera ejemplar, tanto en los bienes como corporalmente, á aquellos que se han atrevido á mutilar al clérigo Templario que iba al capítulo general (1).»

El Gran Maestre Everardo, acompañado de algunos Templarios, siguió al rey de Francia en su retirada de la Tierra Santa, y al llegar á Fuerte Nuevo en el ducado de Parma, Fr. Galceran Maestre del Temple de Paris se separó de la comitiva para comunicar por el camino la llegada del Rey. Everardo no se apartó del rey hasta París, en cuya ciudad permaneció poco tiempo, partiendo luego para Claraval. En este mismo año 1149 aprobó el Gran Maestre la concordia hecha entre los caballeros y el abad de San Juan de Angely (2), y tambien aceptó las donaciones hechas por Arnaldo arzobispo de Narbona (3), y supo con satisfaccion las muestras de confianza que los orientales dieron á la Orden, cediendo á la misma de consentimiento unánime de la ciudad de Gaza, cuyas ruinas indicaban lastimosamente su antigua grandeza, y que con celo los Templarios la ponian en estado de defensa. Este punto era sumamente importante y por demás difícil de conservar, por razon de que estaba continuamente expuesto á los insultos de los ascalonitas. No obstante los Templarios se mantuvieron en él por mucho tiempo, y se hicieron de tal manera respetar, que quedaron dueños de todas las cercanías, esparciendo el terror en toda su comarca y limpiándola de enemigos.

Pero lo que preocupó más al Gran Maestre luego de haber llegado á Francia, fué el asunto ruidoso de Humberto señor de Beaujeu. Este noble, ligado al siglo por la opulencia y la juventud, se habia entregado á la más depravada licencia, y habiéndose convertido á una vida más honesta, hizo voto de pasar á la Palestina y por un tiempo determinado combatir contra los infieles. Al efecto partió para la Tierra Santa, y se retiró con los Templarios contra la voluntad de Elisa su esposa. Al cabo de algun tiempo volvió á su patria, sin haber abandonado su propósito de ir otra vez á la Palestina y cumplir por entero el voto que habia hecho. Elisa, conociendo la disposicion de su esposo, se quejó de ello al arzobispo de Lion y abad de Cluni Pedro el Venerable. Este, conviniéndole que el señor de Beaujeu permaneciera cerca de su monasterio, como protector de las personas y bienes eclesiásticos, se encargó de dirigir este asunto, y escribió á este efecto á Everardo en estos términos: «El cielo me es testigo de la estima y veneracion sigular de que he estado siempre penetrado

(1) Hist. Francor. Script., tom. 4, pag. 513.

(2) Gallia Christ. nova, tom. 2, col. 1101.

(3) Ibid., tom. 6, pag. 39 instrumentorum.